



FONDÓ  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del editor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—G. Juste, impresor, Pizarro, 15.

92808

Roubaud  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## LA BESTIA HUMANA

### I

Al entrar en el cuarto dejó Roubaud sobre la mesa el pan de una libra, el pastel y la botella de vino blanco. Pero por la mañana, antes de bajar á su puesto, la señora Victoria debió cubrir la lumbre de la estufa con tal cantidad de cisco, que el calor era sofocante. El subjefe de estación abrió la ventana y se apoyó de codos en ella.

Esto sucedía en el callejón sin salida de Amsterdam, en la última casa de la derecha, una casa alta en donde la Compañía del Oeste alojaba á ciertos empleados suyos. La ventana, que pertenecía á un ángulo del abuhardillado techo del quinto piso, daba sobre la estación, esa extensa zanja abierta en el barrio de Europa, cual brusco ensanche del horizonte, que parecía agrandarse más en aquella tarde, con un cielo gris húmedo y tibio de mediados de Febrero, impregnado de rayos de sol.

Enfrente, y bajo aquel torbellino de luminosos rayos, las casas de la calle de Roma se con-

fundían y parecían borrar-se. A la izquierda, los muelles cubiertos abrían los enormes portones de cristales ahumados; el de las grandes líneas, inmenso, donde la vista se perdía estaba separado de los otros, más pequeños, los de Argenteuil, Versailles y la Ceinture, por los departamentos del correo y de la calefacción; mientras que el puente de Europa, á la derecha, cortaba con su estrella de hierro la zanja, que se veía reaparecer y seguir al otro lado, hasta el túnel de Batignolles. Y por debajo de la misma ventana, ocupando todo el vasto campo, las tres dobles vías que salían del puente, se ramificaban, separándose en forma de abanico, cuyas varillas de metal, innumerables, iban á perderse bajo las techumbres de los almacenes. Los tres puestos de guardaaguja, delante de los arcos del puente, ostentaban sus desnudos jardinillos. Entre la confusión de vagones y máquinas que llenaban la vía, una gran señal roja se destacaba en medio de la pálida atmósfera.

Durante un momento, interesóse Roubaud, comparando, pensando en su estación del Havre. Cada vez que venía á pasar un día en París, alojándose en casa de la señora Victoria, experimentaba la nostalgia del oficio. Bajo la marquesina de las grandes líneas, la llegada de un tren de Mantes había animado los muelles; y Roubaud siguió con la mirada la máquina de maniobras, una pequeña máquina tender, de tres ruedas bajas y apareadas, que comenzaba á desenganchar el tren, ágil, laboriosa, empujando los va-

gonos sobre las vías de los depósitos. Otra máquina de gran potencia, una máquina de exprés, con dos grandes ruedas devoradoras, esperaba sola, arrojando por su chimenea un espeso humo negro, que subía recto, con lentitud en el aire tranquilo.

Pero toda la atención de Roubaud se concentró en el tren de las tres y veinticinco, con destino á Caen, lleno de viajeros y que sólo esperaba su máquina. Roubaud no podía distinguirla, parada al otro lado del puente de Europa; oíala no más pedir vía con breves y repetidos silbidos, cual persona que se impacienta. Una potente voz lanzó á los espacios cierta orden, y la máquina respondió, por un breve silbido, que se había enterado. Antes de ponerse en marcha, hubo un silencio; fueron abiertos los purgadores, y el vapor silbó rasando con el suelo en un chorro ensordecedor. Y entonces vió salir del puente aquella blancura que se aumentaba, arremolinándose como un vellón de nieve, lanzado al través de los armazones de hierro. Todo un ángulo del espacio estaba blanquecino, mientras que las bocanadas de humo de la otra máquina agrandaban su negro velo. Por detrás, se ahogaban prolongados sonidos de bocina, voces de mando y sacudimientos de las placas giratorias. Abrióse un resquicio, y pudo ver, allá, en el fondo, un tren de Versailles y otro de Auteuil, que se cruzaban, ascendente el primero y descendente el segundo.

Cuando Roubaud se iba á quitar de la ven-

tana, una voz que pronunciaba su nombre le hizo inclinarse y reconoció debajo de él, en el cuarto piso, á un joven de unos treinta años, Enrique Dauvergue, conductor jefe que allí vivía con su padre, jefe adjunto de las grandes líneas, y con sus hermanas, Clara y Sofía, dos rubias de diez y ocho y veinte años, adorables, que sufragaban los gastos de la casa con los seis mil francos de los dos hombres, en medio de una continua alegría. Oíase reír á la mayor mientras que la menor cantaba, y unos pájaros de las islas, en una jaula, rivalizaban con sus gorjeos.

—¡Hombre! señor Roubaud, ¿de modo que está usted en París?... ¡Ah! sí, por lo sucedido con el subprefecto.

Apoyado de nuevo en la ventana, explicó el subjefe de estación, que había tenido que salir del Havre aquella misma mañana, en el exprés de las seis y cuarenta. Una orden del jefe de explotación le llamaba á París, y acababan de sermonearle de lo lindo. Pero todavía se daba por muy contento con no haber perdido el destino.

—¿Y la señora?—preguntó Enrique.

La señora había querido venir también, para ciertas compras. Su marido estaba esperándola en aquel cuarto, cuya llave les volvía á dar la señora Victoria á cada viaje, y donde les gustaba almorzar tranquilos y solos, mientras que la buena mujer estaba presa abajo, en su puesto de salubridad. Aquel día habían comido un pa-

necillo en Mantes; pues, ante todo, querían desembarazarse de sus quehaceres. Pero ya eran las tres, y el marido se moría de hambre.

Enrique, para mostrarse amable, hizo sonriente otra pregunta, levantando la cabeza:

—¿Piensa Ud. dormir en París?

¡No, no! Ambos se volvían al Havre, aquella misma noche, por el exprés de las seis y cuarenta. ¡Ya, ya, vacaciones! Sólo le molestaban á uno para soltarle el toro y enseguidita á la pearrera.

Durante un momento se miraron los dos hombres, meneando la cabeza; pero no se entendían ya, porque un maldito piano acababa de prorrumpir en notas sonoras. Las dos hermanas debían golpearlo á un tiempo, riendo alto y excitando á los pájaros de las islas. Entonces el joven, alegrándose á su vez, saludó y entró en el cuarto. El subjefe se quedó solo un instante, con los ojos fijos en el lugar de donde partía aquella alegría juvenil. Después levantó los ojos y vió la máquina, cuyos purgadores estaban ya cerrados, que el guardaaguja encaminaba hacia el tren de Caen. Los últimos copos de vapor blanco se perdían entre los enormes molinos de negro humo que manchaban el cielo. Al cabo, retiróse también á su habitación.

Delante del *cuco* que marcaba las tres y veinte, Roubaud hizo un gesto desesperado. ¿Cómo diablos podía tardar tanto Severina? Cuando entraba en un almacén, no sabía salir. Para engañar el hambre, que le roía el estó-

mago, se le ocurrió la idea de poner la mesa. Erale familiar aquella vasta pieza de dos ventanas, que á la vez servía de alcoba, de comedor y de cocina, con sus muebles de nogal, su lecho cubierto de cretona roja, su alacena, su mesa redonda y su armario normando. Tomó de la alacena servilletas, platos, tenedores, cuchillos y dos vasos. Todo estaba limpio como una patena. Gozaba con estos cuidados caseros como si jugase á las *comiditas*, feliz con la blancura del lienzo, enamorado de su mujer, y riéndose al pensar en la carcajada que dejaría escapar ella cuando abriese la puerta. Pero así que hubo puesto sobre un plato el pastel, y colocado cerca la botella de vino blanco, inquietóse un instante y buscó algo con la mirada. Luego sacó precipitadamente de sus bolsillos dos paquetes olvidados, una lata de sardinas y queso de gruyère.

Dió la media. Roubaud se paseaba á lo largo y á lo ancho de la estancia, volviéndose al menor ruido, atento siempre hacia la salida. En su ociosa espera detúvose ante el espejo y se miró. No envejecía; aproximábase á los cuarenta, sin que el color rojo de sus recortados cabellos amenazase tornarse blanco. La barba que usaba corrida, permanecía espesa y era también dorada como el sol. De mediana estatura, pero muy vigoroso, pagábase bastante de su persona, satisfecho con su cabeza algo plana, su frente baja y su redonda y sanguínea cara animada por dos gruesos ojos vivos. Juntábanse sus cejas, sellándole la frente con la marca de los celosos. Como

se había casado con una mujer á quien llevaba quince años, estas frecuentes ojeadas dirigidas á los espejos le tranquilizaban.

Prodújose un ruido de pasos, y Roubaud corrió á entreabrir la puerta. Pero era una vendedora de periódicos de la estación que volvía á su casa. Retrocedió hasta la alacena y se puso á contemplar una caja de conchas. Conocíala perfectamente; era un regalo que Severina había hecho á la señora Victoria, su nodriza. Y aquel objeto bastó para que toda la historia de su casamiento se desarrollase en la mente de Roubaud. Pronto haría tres años de su boda. Nacido en el mediodía, en Plassans, de un padre carretero, salido del servicio con los galones de sargento primero, factor mixto mucho tiempo en la estación de Mantes, había pasado á ser factor jefe en la de Barentín; y allí era donde había conocido á su querida mujer, cuando ella venía de Doinville á tomar el tren, en compañía de la señorita Berta, la hija del presidente Grandmorin. Severina Auvry no era más que la hija menor de un jardinero, muerto al servicio de los Grandmorin; pero el presidente, padrino y tutor de ella, la mimaba muchísimo, haciéndola compañera de su hija y enviándolas juntas al mismo colegio de Rouen. Tenía ella tal distinción nativa, que durante mucho tiempo limitóse Roubaud á desealarla de lejos, con la pasión de un obrero afinado por una delicada alhaja, que él consideraba preciosa. Allí se encerraba la única novela de su vida. Habríase casado con ella sin

un céntimo, por el placer de tenerla, y cuando se atrevió al cabo, la realidad sobrepujo el ensueño: además de Severina y una dote de diez mil francos, el presidente, retirado hoy, miembro del Consejo de Administración de la Compañía del Oeste, le había otorgado su protección. Desde el día siguiente al de la boda, había ascendido á subjefe de la estación del Havre. Claro es que tenía en favor suyo notas de buen empleado, celoso de su destino, puntual, honrado, de limitada, pero recta inteligencia; toda clase de cualidades excelentes, en fin, que explicaban la buena y pronta acogida dispensada á su demanda y la rapidez de su ascenso; pero él prefería creer que se lo debía todo á su esposa. La adoraba.

Cuando abrió la caja de sardinas, Roubaud perdió definitivamente la paciencia. La cita estaba señalada para las tres. ¿Dónde podría estar Severina? No le diría que la compra de un par de botas y media docena de camisas exigiese un día entero. Y como pasara otra vez por delante del espejo, observó que sus cejas estaban erizadas y que una sombría arruga surcaba su frente. Jamás había sospechado de ella en el Havre, pero en París se imaginaba toda clase de peligros, de astucias y de faltas. Una oleada de sangre se le subía á la cabeza; apretábanse sus puños de antiguo mozo de cuadrilla, como cuando empujaba vagones. Tornábase el bruto inconsciente de su fuerza, y la habría despedazado en un rapto de ciego furor.

Severina empujó la puerta y se presentó fresca, sonrosada, llena de alegría.

—Soy yo..... ¿Ya creerías que me había perdido, eh?

En el esplendor de los veinticinco años, mostrábase alta, esbelta, gentil y gruesa á pesar de su débil esqueleto. No era linda al pronto, con su cara larga y su boca grande adornada de admirables dientes; pero mirándola bien, seducía por el encanto y la singularidad de sus grandes ojos azules brillando bajo una espesa cabellera negra.

Y como su marido, sin responder, continuase examinándola, con la mirada vacilante que ella conocía tan bien, añadió:

—¡Oh! he corrido mucho..... Figúrate, imposible tomar un ómnibus. Entonces, no queriendo gastarme el dinero en un coche, he corrido..... mira qué acalorada vengo.

—Vamos á ver—dijo Roubaud violentamente—no me vas á hacer creer que vienes del Bon-Marché.

Mas en seguida, con infantil gentileza, arrojóse ella al cuello de su marido, tapándole la boca con su redondeada manita.

—¡Feo! ¡feo! cállate..... Bien sabes que te quiero.

Y tal sinceridad se desprendía de todo su sér, que viéndola Roubaud tan cándida, la estrechó amorosamente en sus brazos. Así concluían siempre todas sus sospechas. Ella se abandonaba, dejándose acariciar. Roubaud la cubría de

besos, que no le devolvía, y esto era precisamente lo que daba margen á su sombría inquietud; consideraba á aquella muchacha pasiva, profesándole un afecto filial, en que la amante no se revelaba nunca.

—¿De modo que habrás desbalijado el Bon-Marché?

—¡Sí! Te contaré..., pero antes comamos. ¡Qué hambre tengo!.... ¡Ah! escucha, traigo un regalito. Dí: Mi regalito.

Acercóse risueña, rozando su cara, con la mano derecha metida en el bolsillo, donde había un objeto que no sacaba.

—Dí pronto: Mi regalito.

El se reía también como un bonachón. Al fin se decidió á decir:

—Mi regalito.

Era una navaja que acababa de comprarle para reemplazar á otra que Roubaud había perdido y estaba llorando hacía quince días. Deshízose Roubaud en exclamaciones, encontrando soberbia aquella preciosa navaja nueva, con su mango de marfil y su reluciente hoja. En seguida iba á estramarla. Severina estaba encantada del gozo de su marido, y por broma hizo que le diese un sueldo, para que no se rompiesen sus amistades.

—A comer, á comer—repitió ella.—¡No, no! te suplico que no cierres todavía. ¡Tengo un calor atroz!

Se reunió con él en la ventana, donde permaneció algunos segundos, apoyada en su hombro,

contemplando el vasto campo de la estación. Por el momento, las columnas de humo habían desaparecido, el cobrizo disco del sol descendía entre la bruma, á espaldas de las casas de la calle de Roma. Debajo, una máquina de manobras arrastraba el tren de Mantes, ya formado, que debía salir á las cuatro y veinticinco, empujándolo á lo largo del muelle, bajo la marquesina, y allí fué desenganchada. En el fondo, dentro del sotechado de la Ceinture, los choques de topes anunciaban la repentina preparación de vagones que se iban á añadir. Y sola, en medio de las vías, con su maquinista y su fogonero, negros por el polvo del viaje, permanecía inmóvil una pesada máquina del tren mixto, como cansada y sin aliento, no teniendo otro vapor que un débil hilo de humo que salía de una válvula. Estaba esperando que le dejaran expedita la vía para volver al depósito de Batignolles. Una señal roja crujió, borróse, y la máquina emprendió la marcha.

—¡Qué alegres están las de Davergue!—dijo Roubaud quitándose de la ventana.—¿Las oyes golpear en el piano?.... Hace poco he visto á Enrique y me ha dado memorias para ti.

—¡A la mesa, á la mesa!—gritó Severina.

Y se apoderó de las sardinas empezando á devorar. ¡Ah! ¡el pan de Mantes estaba lejos! Esto la trastornaba cuando venía á París. Estaba radiante de felicidad por haber corrido las calles, y conservaba cierta fiebre de las compras hechas en el Bon-Marché. De un golpe todas las prima-

veras gastaba allí sus economías del invierno, prefiriendo comprarlo todo en ese almacén, porque decía que en él se economizaba el dinero de su viaje. Y, sin perder bocado, no cesaba de hablar. Algo confusa y sonrojada, acabó por soltar el total de la suma que había gastado: más de trescientos francos.

—¡Caracoles!—dijo Roubaud sobrecogido—¿te despachas bien para ser la mujer de un jefe! ¿Pero no decías que sólo ibas á comprar media docena de camisas y un par de botinas?

—¡Oh! amigo mío, ¡ocasiones únicas!..... ¡Una seda rayada deliciosa!..... ¡un sombrero que es un encanto!..... ¡enaguas hechas con volantes bordados!..... Y todo ello por nada, me habría costado doble en el Havre..... Lo van á traer, ¡ya verás!

Roubaud había tomado el partido de reirse, tan linda estaba Severina en su alegría, mezclada de cierta confusión suplicante. Además era tan encantadora aquella comidita improvisada, en aquella habitación donde estaban solos y mucho mejor que en la fonda..... Ella, que de ordinario sólo bebía agua, se descuidaba, vaciando su vaso de vino blanco sin darse cuenta. La lata de sardinas se había concluído, y metieron mano al pastel con el hermoso cuchillo nuevo. Aquello fué un triunfo; ¡qué bien cortaba!

—¿Y tu asunto?—preguntó Severina.—Me haces charlar, pero no me dices cómo ha terminado eso con el subprefecto.

Entonces contó Roubaud la manera que ha-

bía tenido de recibirle el jefe de la explotación. ¡Oh! ¡un jabón de órdago! El se había defendido, diciendo la verdad pura: cómo aquel sietemesino de subprefecto se había empeñado en subir con su perro á un coche de primera, cuando había uno de segunda reservado para los cazadores y sus animales; y la cuestión que se había suscitado con tal motivo, y las palabras que se cruzaron. En resumen, el jefe le daba la razón por haber querido hacer respetar la consigna, pero lo terrible era la frase que él mismo confesaba: «¡No siempre serán Uds. los amos!» Suponíanle republicano. Las discusiones que acababan de señalar los comienzos de la legislatura de 1869 y el sordo temor de las próximas elecciones generales tenían al gobierno muy en cuidado. De modo, que lo habrían destituido seguramente, sin la buena recomendación del presidente Grandmorin. Sin embargo, tuvo que firmar la carta de excusa, aconsejada y redactada por éste último.

Severina le interrumpió gritando:

—¿Eh? ¿he tenido razón en escribirle y hacerle una visita contigo esta mañana, antes de que fueras á recibir la jabonadura?..... Ya sabía yo que nos sacaría del trance.

—Sí, te quiere mucho, y tiene vara alta en la Compañía..... Mira de lo que sirve el ser un buen empleado. ¡Ah! no me han regateado los elogios: no es cosa mayor la iniciativa, pero buena conducta, subordinación, ánimo, en fin, todo. Y bien, si no hubieses sido mi mujer y si

Grandmorin no hubiese abogado por mí, en razón de su amistad contigo, aviado estaría yo, me mandarían en castigo á cualquiera estación insignificante.

Severina tenía la mirada fija en el espacio y murmuró como si hablase consigo misma:

—¡Oh! ciertamente, es un hombre que tiene mucha influencia.

Hubo un instante de silencio, y Severina permanecía con la mirada perdida en el vacío, sin comer. Sin duda recordaba los días de su infancia, allí abajo, en el castillo de Doinville, á cuatro leguas de Rouen.

Jamás conoció á su madre. Cuando su padre, el jardinero Aubry, se murió, entraba ella en sus trece años; y por entonces fué cuando el presidente, viudo ya, la retuvo al lado de su hija Berta, bajo la inspección de su hermana, la señora de Bonnehon, mujer de un industrial, viuda también, á quien pertenecía hoy el castillo. Berta, que la llevaba dos años, se había casado dos meses después que ella con el Sr. Lachesnaye, consejero del tribunal de Rouen, un hombrecillo seco y amarillento. El año anterior aún estaba el presidente á la cabeza de aquel tribunal, en su país, cuando se jubiló después de una brillante carrera. Nacido en 1804, sustituto en Digne después de los acontecimientos de 1830, luego en Fontainebleau, más tarde en París, en seguida fiscal en Troyes, abogado general en Rennes y, por último, primer presidente en Rouen. Poseedor de varios millones, era

diputado provincial desde 1855, y le habían nombrado comendador de la Legión de honor, el mismo día en que se jubiló. Y cuanto de más lejos evocaba ella sus recuerdos, veíalo siempre tal como á la sazón era, rechoncho y sólido, muy blanco, con el cabello corto peinado en forma de cepillo, la cinta de barba cortada al rape, sin bigote, con un rostro cuadrado, de severa expresión á causa de su gruesa nariz y de sus ojos de un azul sombrío. Hacía temblar todo en torno suyo.

Roubaud tuvo que levantar la voz y repitió dos veces:

—¿En qué piensas?

Severina se estremeció, sufriendo un ligero temblor, como sorprendida y sacudida por el miedo.

—Pues en nada.

—Has dejado de comer, ¿no tienes ya hambre?

—¡Oh! sí.... Ahora verás.

Y vació el vaso de vino blanco, acabando después el pedazo de pastel que tenía en el plato. Pero habían concluido el pan de á libra, y no les quedaba ni un bocado para comer el queso. Entonces fueron los gritos y las carcajadas, cuando, registrándolo todo, encontraron en el fondo del aparador de la señora Victoria un pedazo de pan duro. A pesar de que la ventana seguía abierta, el calor continuaba, y aquella mujer, que tenía detrás la chimenea, no se refrescaba lo más mínimo, más encarnada y excitada por lo imprevisto de aquel alegre almuerzo. A propósito



de la señora Victoria, Roubaud volvió á ocuparse de Grandmorin: otra que también le debía un buen cirio. Muchacha seducida cuyo hijo había muerto, nodriza de Severina que acababa de costarle la vida á su madre, más tarde mujer de un fogonero de la compañía, vivía trabajosamente en París con el fruto de su costura, malgastado por su marido, cuando el encuentro con su hija de leche había renovado los antiguos lazos, haciendo de ella también una protegida del presidente, del cual había obtenido á la sazón un puesto en la salubridad, encomendándole la parte de señoras de uno de los retretes de lujo. La Compañía no le daba más que cien francos anuales, pero ella sacaba con las propinas cerca de mil cuatrocientos, sin contar el alojamiento, aquel cuarto, donde también se calentaba. En fin, una situación muy desahogada. Roubaud calculaba que si Pecqueux, el marido, trajese sus dos mil ochocientos francos de fogonero, entre ventajas y sueldo fijo, en vez de andar de jarana en los dos extremos de la línea, habrían reunido entre los dos más de cuatro mil francos, el doble de lo que él, subjefe de estación, ganaba en el Havre.

—Sin duda—pensó él—no todas las mujeres querrían guardar retretes. Pero no hay oficio ridículo.

Su hambre devoradora se había calmado, y ahora comían con languidez, cortando el queso en pequeños pedazos para que durase el festín. Sus palabras también se tornaban lentas.

—¡A propósito!—exclamó Roubaud—se me

había olvidado preguntarte..... ¿por qué has rehusado al presidente el ir á pasar dos ó tres días en Doinville?

Su mente, con el bienestar de la digestión, acababa de representarse la visita de la mañana, muy cerca de la estación, en el hotel de la calle del Peñón; y Roubaud se había vuelto á ver en el severo gabinete, oyéndole decir al presidente que al otro día salía para Doinville. Luego, como cediendo á una idea repentina, habíales ofrecido tomar aquella misma tarde, con ellos, el exprés de las seis y treinta y llevar enseguida á su hija á casa de la hermana, la cual deseaba, hacía ya tiempo, que se la llevasen. Pero Severina había alegado mil razones que, según ella, se lo impedían.

—Yo, sabes continuó Roubaud—no veía mal ese viaje. Tú podías haberte quedado allí hasta el jueves, ya me las habría yo compuesto solo.... En nuestra posición necesitamos de ellos, ¿no es verdad? No ha estado bien rehusar su cumplimiento, tanto más, cuanto que pareció que tu negativa le causaba un disgusto. Por eso no dejé de insistir en que aceptases, hasta que me tiraste de la chaqueta. Entonces dije lo que tú, pero sin comprender..... ¡Y bien! ¿por qué no has querido?

Severina hizo un gesto de impaciencia.

—¿Acaso puedo dejarte solo?

—Eso no es una razón..... Desde que nos casamos, en tres años, has ido dos veces á Doinville, á pasar una semana. Nadie te impedía volver por tercera vez.

La molestia de la mujer iba en aumento. Severina había vuelto la cabeza.

—Bueno, pues ahora no tenía gana de ir. No me vas á obligar á que haga cosas que me desagradan.

Roubaud abrió los brazos como para indicar que él no la obligaba á nada. Sin embargo, repuso:

—¡Vamos! tú me ocultas algo..... Qué, ¿te ha recibido mal la última vez la señora de Bonnehon?

—¡Ah! no, la señora de Bonnehon la había recibido siempre muy bien. Era una mujer muy agradable, alta, fuerte, con magníficos cabellos rubios, hermosa todavía á pesar de sus cincuenta y cinco años. Murmurábase que desde que se quedó viuda, y aun en vida de su marido, había tenido á menudo el corazón ocupado. Adorábanla en Doinville y ella hacía del castillo una mansión de delicias, adonde toda la buena sociedad de Rouen iba de visita, sobre todo la magistratura. En la magistratura era donde la señora de Bonnehon había tenido muchos amigos.

—Entonces, confiésalo, los Lachesnaye son quienes te han batido el cobre.

Era indudable que, desde su casamiento con el señor de Lachesnaye, había dejado Berta de ser para ella lo que venía siendo hasta entonces. No se había hecho nada buena, esa pobre Berta, tan insignificante con su nariz de remolacha. En Rouen alababan mucho su distinción las señoras. Y un marido como el suyo, feo, áspero y

avaro, parecía más bien hecho para reflejarse en su mujer haciéndola mala. Pero no; Berta se había mostrado atenta con su antigua compañera; ésta no tenía ningún cargo preciso que dirigirle.

—¿Es el presidente quien te desagrada allí?

Severina, que hasta entonces había respondido lentamente con lánguida voz, sufrió otra sacudida de impaciencia.

—¡El! ¡Qué idea!

Y continuó con entrecortada y nerviosa frase. Apenas se le veía. Habíase reservado para sí, en el parque un pabellón, cuya puerta daba á una callejuela desierta. Entraba y salía sin que nadie lo supiese. Ni su misma hermana supo nunca de cierto el día de su llegada. El presidente tomaba un coche en Barentin, y se hacía trasladar á Doinville, donde pasaba días enteros en su pabellón, ignorado de todos. ¡Ah! no era él quien la molestaba allí abajo.

—Te hablo de él, porque me has contado veinte veces que en tu infancia te daba un miedo horrible.

—¡Bah! ¡un miedo horrible!..... exageras como siempre..... Verdad que apenas se reía y que miraba tan fijamente con sus abultados ojos, que hacía bajar la cabeza en seguida. He visto á muchas personas burlarse y no poder dirigirle una palabra, de tanto como les imponía con su gran fama de severo y sabio..... Pero á mí no me ha regañado nunca, siempre comprendí que su flaco era yo.....